

El triunfo electoral de John Major

Valentí Puig

La victoria del Partido Conservador británico con John Major al frente arrima a la zona de la fosa atlántica los restos nucleares de la socialdemocracia representada por el laborismo. Al sustituir a Margaret Thatcher en 1990, un Major con 46 años se había convertido en el primer ministro más joven del siglo, aunque bastante más viejo que William Pitt cuando lo fue en 1783, a los 24 años, y con los resultados electorales del pasado 9 de abril ha conseguido la cuarta victoria consecutiva para el Partido Conservador, con el mismo porcentaje de votos obtenidos por su antecesora en las elecciones de 1987.

Su acción de Gobierno habrá de llevar a cabo un trazado de pontonería entre lo que fue el thatcherismo y lo que van a ser los años noventa, entre el deseo general de una menor presión fiscal y la eficiencia de los servicios públicos, entre el Gobierno mínimo y el pulso firme del Gobierno, entre el mercado y la comunidad, la nación y el individuo. Esa nueva agenda no habría sido posible sin la decisión soberana de una sociedad que entiende el proceso de unas elecciones generales como un veredicto público sobre la prosperidad.

Fue una sorprendente victoria por mayoría absoluta a contramano de todos los sondeos, con 336 escaños para los *tories* en un Parlamento de 651. Los laboristas conseguían 261 escaños y 20 los liberales demócratas. En las crónicas electorales de posguerra no consta ningún caso de un partido en el Gobierno que aumente su respaldo electoral en la semana final de la campaña, sino que, por el contrario, en una tanda de elecciones recientes los *tories* habían tenido siempre unos resultados por debajo de los sondeos aparecidos en el fin de semana anterior a la votación.

Al frente de los laboristas, Neil Kinnock –cuya jefatura fue impagable para unir y moderar, pero negativa ante el electorado– necesitaba un

Valentí Puig, escritor mallorquín, es corresponsal de ABC en Londres.

vuelco electoral del ocho por cien para obtener la mayoría absoluta, algo sólo logrado cuando el electorado quiso prescindir de Churchill después de la Segunda Guerra mundial, y para garantizar la supervivencia de un Partido Laborista que ya había perdido las tres anteriores elecciones y, de hecho, sólo obtuvo una victoria significativa en 1945 y 1966.

Como negación de un casi imposible, en Escocia los *tories* aumentaron su proporción de voto en 1,7 por cien, hasta un 25,7 por cien y perdía su escaño el vicepresidente del Partido Nacionalista Escocés, que pasa a los laboristas siempre hegemónicos en las tierras escocesas. Con sólo tres escaños, los nacionalistas que esperaban un avance histórico achacan su fracaso a los laboristas, afirmando que la "ruta de Westminster" hacia el autogobierno escocés es un callejón sin salida. En Gales los laboristas mantenían posiciones, con ganancia de un escaño, arrancando a los *tories* un 2,83 por cien de los votos, frente a una tendencia nacional del 2,1 por cien. El partido del nacionalismo gales, *Plaid Cymru*, obtuvo un escaño más que en 1987. Entre los partidos de Irlanda del Norte poco variaba, salvo que el *Shm Fein*, rama política del IRA, perdía su escaño.

Con la notable participación del 77 por cien del electorado, los conservadores han recuperado todos los escaños que habían perdido en humillantes elecciones parciales en las que el voto de castigo beneficiaba a los liberales demócratas, hoy poco boyantes. Avanzada la noche electoral, su líder Paddy Ashdown veía alejarse la esperanza de convertirse en el eje de una situación política sin mayoría absoluta. Al poco, las elecciones locales del 7 de mayo tampoco iban a serle favorables para poder dedicarse con holgura a recoger algunos restos del laborismo en crisis a fin de convertirse en principal partido de la oposición, del mismo modo que el viejo Partido Liberal se vio desplazado por el laborismo.

Por fin, Major ya era primer ministro con sus propios votos, mientras Neil Kinnock se retiraba para que el laborismo pudiese elegir a un nuevo líder. A las pocas semanas, la elecciones para un tercio de los representantes locales del Reino Unido mejoraron los resultados *tories* de las generales, con un 47 por cien de los votos y los laboristas sólo con un 32 por cien. Sin hipotecas sobre su destino político, Major ha de conducir al viejo Partido Conservador durante un cuarto mandato, después de trece años de Gobierno ininterrumpido que fueron notables logros de la primera ministra Margaret Thatcher, a pesar de la presencia erosiva del *poli tax* que finalmente acabó con ella, junto a la desunión *tory* respecto a Europa.

En noviembre de 1990, John Major quedó al frente de un postthatcherismo que iba a meter el esqueleto del *poli tax* en el armario, variando las

rutas de aproximación a Bruselas que a veces dejaron a Margaret Thatcher en un callejón sin salida. También iban a ser postthatcheristas un presupuesto deficitario, la previsible reconsideración pragmática de Escocia a pesar del compromiso firme con la Unión, un nuevo intervencionismo y el acercamiento a la democracia cristiana en los foros europeos. Para definir el postthatcherismo hay que saber primero si el thatcherismo fue un paréntesis en la tradición *tory* o una reinterpretación de algunos de sus elementos históricos. Al fin y al cabo heredero de Margaret Thatcher, John Major ha maniobrado desde esta segunda acepción, recalando que la defensa radical de la economía de libre mercado no fue una idea peregrina de los thatcheristas sino una constante *tory*. Paradójicamente, aunque algunos pretendan dramatizar el dilema, de ahí proviene la vitalidad del conservadurismo británico, capaz de debatir su propia tradición.

A pocos meses del final de mandato iniciado por Margaret Thatcher tras su victoria de 1987, Major convocó elecciones anticipadas, con un paro en crecimiento, la peor recesión económica en sesenta años y con las encuestas que situaban a los laboristas por delante con dos puntos, a diferencia de 1983 y 1987 cuando Margaret Thatcher mantenía más de diez puntos de ventaja al convocar elecciones. Ya se decía que Major no había podido escoger peor momento para intentar conseguir su propio mandato y distanciarse de su antecesora. Todo eso parecía inquietarle poco: al sustituir a Margaret Thatcher, su partido estaba en sus peores cotas de popularidad. Entonces, Margaret Thatcher tan sólo suscitaba un 23 por cien de “satisfacción” entre el electorado, el índice más bajo desde que Gallup iniciase sus encuestas en 1938. Sin embargo, en enero de 1991 Major lograba ser el primer ministro más popular desde Churchill.

Si en 1959 los carteles conservadores presentaban una pareja joven lavando el coche ante su casa, en los comicios de 1992 nadie parecía conocer con exactitud el perfil del votante codiciado, en un país en recesión. Obreros cualificados, capataces, conductores de camión, carpinteros y cabos del Ejército son el segmento social cuyo vuelco electoral hizo posible el thatcherismo como revolución del esfuerzo individual y cultura suburbana. En retratos esbozados por la prensa británica, ese elector al que John Major y el laborista Neil Kinnock querían seducir como fuese pertenece a algún sindicato, tiene coche y casa comprada en 1986, con hipoteca. Se le ha llamado el “hombre de Essex”, se compró un mastín en los buenos años de thatcherismo y quizá gastó más de la cuenta, casi siempre a crédito.

Generalmente, se les suponía jóvenes. El quizá fuese un fontanero autónomo, de unos 38 años; ella, unos años más joven, trabajaba como

receptionista en una empresa de construcción, a media jornada. Vivían con sus tres hijos en su casa semiadosada de tres habitaciones. Los negocios no iban del todo bien; culpaban de la crisis al Gobierno conservador. Temían que, en su día, los hijos no tuviesen trabajo y, sobre todo, todavía tenían que acabar de pagar la hipoteca. Habían votado a Margaret Thatcher pero no se sabía si iban a votar por quien les supusiera una garantía de mejores servicios públicos o por quien les pareciese menos propenso a subir los impuestos. En todo caso, su voto se decidiría según lo que habían hecho los *tories* en trece años y según lo que prometían los laboristas, una situación comparativa que aparentemente dejaba en clara desventaja a Major como cuando se comparaban el futuro utópico del socialismo con el presente del capitalismo, aunque al final los resultados indicarían lo contrario, confirmándose como otro dato significativo en el declive mundial del socialismo.

En la noche del 9 de abril pudo constatarse que en aquellas capas del electorado ya no se cree que los impuestos más elevados signifiquen mayor aportación pública al bien común: en realidad, se supone que impuestos más reducidos quieren decir mayor crecimiento y más renta pública para posteriores reducciones de impuestos o mayor inversión en los servicios públicos. Así fue soberano el “voto flotante”: más de siete millones de votos –un 17 por cien del electorado–, a cuarenta y ocho horas de la apertura de los colegios electorales.

También el electorado joven que no había conocido otra realidad política que el thatcherismo buscaba una alternativa al Gobierno presuntamente causante de la recesión económica en curso: sólo tenía a mano un laborismo hábilmente transformado durante los años de liderazgo de Neil Kinnock, aunque todavía propenso como siempre al gasto público incontrolado y heredero en definitiva de aquel socialismo que colapsó la economía británica a instancias del sindicalismo omnipotente.

En el proceso de elección de nuevo líder, los laboristas ven reaparecer la vieja querella interna sobre Europa, incluso más grave quizá que el rifirrafe entre “euroentusiastas” y “euroescépticos” en el partido *tory*, pero con Neil Kinnock al frente habían dejado en el desván la panoplia de sus años de radicalismo: desaparecieron de sus manifiestos el desarme unilateral, el antieuropismo, las nacionalizaciones o el abrazo mortal con los sindicatos. Defendieron la pertenencia de la libra esterlina al SME y siempre se las prometieron felices con la Carta Social europea. Empeñados en la ocupación del centro y en camuflar su ala radical, los laboristas enunciaron un presupuesto alternativo que pareció un amago de adiós definitivo a lo que históricamente significó el socialismo, aunque iban a fracasar al persistir en su preferencia por el viejo empeño de cargar

de impuestos a la clase media. En el proceso de sustitución de Kinnock, de confirmarse la elección de John Smith actual ministro de economía en el gobierno de oposición la imagen del laborismo continuará siendo de moderación, sin que puedan preverse derroches de imaginación política en el intento por ser de nuevo opción de Gobierno en un mundo post-socialista.

Major cree en el gradualismo y no se dejaría arrebatar por una idea audaz como el *poli tax*, aunque se ha empeñado en el proyecto de la “Carta de los ciudadanos”. A finales de abril, en un ya célebre artículo en *Newsweek*, Margaret Thatcher afirmaba que no existe el *majorismo*. Para la ex primera ministra la victoria *tory* del 9 de abril había sido un logro del *thatcherismo*. Ese es un penoso litigio pero parece que Margaret Thatcher pronto en la Cámara de los Lores va a centrar su acción política en la resistencia a la eurocracia, después de la aprobación del Tratado de Maastricht en los Comunes.

Durante las elecciones, ahí se trazó un paralelismo entre la creciente distancia que separaba a Thatcher de Major y el escaso fervor de Ronald Reagan por la candidatura de George Bush. El paralelo alcanza según un comentarista tan sagaz como Frank Johnson a una relación de simetría entre las victorias del centro-derecha o del centro-izquierda en Estados Unidos y el Reino Unido, desde finales de la Segunda Guerra mundial. En términos generales, una victoria republicana en Estados Unidos ha precedido siempre a una victoria conservadora en Gran Bretaña y a la inversa; del mismo modo, cada victoria laborista fue seguida en Norteamérica por una presidencia demócrata.

Después de la “revolución” *thatcherista*, el *majorismo* pretende un nuevo equilibrio para la Gran Bretaña de los años noventa, como nuevo conservadurismo que aboga a la vez por la economía de mercado y por la tradición, por el monetarismo y la economía social. Dos extremos definen el Gobierno formado por John Major: Michael Heseltine pretende un nuevo intervencionismo para revitalizar la industria británica desde el Ministerio de Comercio e Industria, y Michael Portillo *thatcherista* imbuido de monetarismo y algún día líder *tory* hará cuanto pueda para reducir el gasto como secretario del Tesoro. En este particular equilibrio va a fundamentarse lo que en los próximos cinco años va a ser el *majorismo*, mientras el laborismo se eclipsa u opta por un pacto con los liberales demócratas.

En la compleja vitalidad del partido *tory* los diversos núcleos ideológicos y de interés parecen haber variado en el año y medio que John Major ha estado al frente, secundado por Chris Patten como presidente del partido. Conocedor de los atajos y laberintos del partido, Patten logró ir

neutralizando algunos de los retenes thatcheristas, atrincherados en *think tanks* y en la resistencia “euroescéptica”. El mandato electoral obtenido por Major revalida esa estrategia de calmosa sojuzgación, con envío de viejas glorias a la Cámara de los Lores, presentación de opciones pragmáticas y un control estricto del poder. Sucece además que, aunque vencedores en la guerra fría, no pocos de aquellos *think tanks* habrán de repensar su papel en la trama ideológica de los años noventa, en busca posiblemente de nuevos elementos para una reflexión sobre la globalidad y el globalismo.

Con todo, Europa continua siendo –menor, de todos modos– un elemento de disensión en el partido *tory* aunque no lo fue durante la campaña electoral, siendo como era la primera elección británica con la libra esterlina bajo la tutela del *Bundesbank* o, dicho de otra manera, incorporada al mecanismo de tipos de cambio del Sistema Monetario Europeo, uno de los dilemas hamletianos de la vida política británica. Había sido decisiva la postura de Major y su ministro de Exteriores, Douglas Hurd, en la cumbre de Maastricht, en oposición a la terminología federalista –considerada como mengua de la soberanía de los Comunes– y a la moneda única, al tiempo que se situaba el Reino Unido al margen de la Carta Social propugnada por Jacques Delors. Por su parte los laboristas, entusiastas de la “Carta Social Europea”, se sienten más europeos que nunca, sin que se recuerde con frecuencia que Neil Kinnock prometía en las elecciones generales de 1983 la retirada de Gran Bretaña de la CE, en caso de una victoria electoral de su partido.

Como resultado de la “aproximación al corazón de Europa” propugnada por Major en un emblemático discurso en la Fundación Konrad Adenauer, los treinta y dos europarlamentarios del Partido Conservador británico que vivaqueaban en el Grupo Democrático Europeo ya engrosan el grupo parlamentario democristiano en Estrasburgo. El buen entendimiento entre John Major y el canciller Helmut Kohl favorece la nueva dimensión del centro derecha comunitario y reduce el aislamiento británico en los terrenos de juego de la CE donde hasta ahora los democristianos belgas y holandeses eran los más reacios a aceptar la aproximación de un partido al que consideran demasiado comprometido con el liberalismo económico, de escasa lealtad al europeísmo, excesivamente pragmático y apartado de la ideología social de la democraciacristiana. El arraigo corporativista y las relaciones entre la democracia cristiana y el sindicalismo incomodan a muchos *tories* pero el triunfo de John Major garantiza un amplio consenso que en la medida en que los bizantinismos eurocráticos lo admitan le hará fácil acomodarse en

la operatividad conjunta del centro-derecha europeo en el anfiteatro de Estrasburgo.

En plena incertidumbre electoral, desde Bruselas y desde las cancillerías europeas el interrogante inmediato se refería a la presidencia comunitaria que el 1 de julio asume Londres, con la cumbre de Edimburgo para diciembre, en cuya perspectiva Major busca consolidar la idea y realidad del mercado común europeo, abogando a la vez por una Europa más amplia que presumiblemente diluiría el componente de centralismo que desde Londres se advierte en Bruselas. Major prefiere una CE cuyo contenido sea arbitrado por la cooperación intergubernamental a una Comisión todopoderosa que arrebate nuevas porciones de soberanía a los Doce. Sin embargo, a diferencia de Margaret Thatcher, no se rebela contra la negociación perenne, ni elude la búsqueda de pacto a cuatro bandas como se vio en la aproximación a Italia en cuestiones de defensa europea. Sobre todo, busca un acercamiento germano-británico que a la larga pudiese ser la sustitución del histórico eje franco-alemán.

Europa quizás sea el gran reto para Major, a la hora de convertir en un provecho británico lo que para Margaret Thatcher y los “euroescépticos” es constante amenaza. Ahí podrá jugar un gran papel la sensatez patricia de Douglas Hurd, uno de los mejores ministros de Exteriores en la escena mundial, conocedor de las peculiaridades lingüísticas del chino mandarín un saber sin duda muy útil para interpretar los acertijos de Bruselas. El hecho de que el Tratado de Maastricht peligre en no pocos rompientes nacionales da aún más valor a la prudencia con que Major acudió a la cumbre que parecía ser umbral de algo espectacular, precisamente cuando ahora se supone que el calendario para la unificación económica y monetaria ya a retrasarse y no tan sólo por los problemas de la posreunificación de Alemania.

El hecho es que John Major no convocó elecciones antes de la cumbre de Maastricht, ni antes de haber desactivado el mecanismo altamente erosivo del *poli tax* ejemplo de como la racionalidad no siempre triunfa en la vida pública pero quedaba el gran escollo de la recesión económica y ya en los primeros días de la campaña electoral se daba una paradoja manifiestamente abrumadora para no pocos analistas: si los *tories* perdían las elecciones sería a causa de la economía y, sin embargo, era a causa de la economía dijo entonces un editorial de *The Daily Telegraph* que la victoria conservadora era necesaria. Consecuentemente, si los laboristas ganaban, iba a ser por un voto negativo contra los *tories* y no por los méritos de su programa.

Por haber confiado en exceso en predicciones optimistas, el Gobierno de John Major sabía su credibilidad mermada por pronósticos de recuperación

ción económica que no se cumplían. En compensación, el hecho de que por primera vez en veinticinco años la tasa de inflación en el Reino Unido fuese más baja que en Alemania confirmaba la eficiencia del instinto antiinflacionario de John Major, el único estadista del mundo según dijo *The Financial Times*, ya después de haber dado su respaldo editorial al Partido Laborista que ha logrado mantener el apoyo popular al tiempo que conseguía la deflación de la economía.

Si bien los dos últimos años no habían sido boyantes para la economía británica, también es cierto que la solidez conseguida por los Gobiernos *tories* en los últimos trece años superaba –incluso en período de recesión– los logros económicos de anteriores Gobiernos laboristas. Los estrategas conservadores veían como un voto de protesta por dos años precarios anulaban una gestión previa de doce años, con el agravante de que, por razones de edad, buena parte del electorado desconocía lo que fuera el “mal inglés” con Gobiernos laboristas, en los años de un declive que parecía imparable, a consecuencia de un exceso de poder sindicalista que logró humillar al país para que fuese rescatado de la ruina por el Fondo Monetario Internacional, al modo de una nación del Tercer Mundo.

En los sondeos, las circunscripciones electorales con mayoría en precario –decisivas en toda elección británica– daban ventaja al Partido Laborista, en una de esas oscilaciones de voto que puede llegar a producir un vuelco histórico, protagonizado tan solo por un cuatro por cien del electorado un millón de votantes, la parte del veinte por cien de indecisos en tales distritos. En el célebre “miércoles rojo”, hubo indicios de pánico entre los *tories* ante un sondeo que anunciaba que los laboristas ganaban terreno electoral en Londres, por primera vez desde 1974, en un trasvase de votos que podría ser decisivo para la derrota de John Major.

De pronto, quienes habían criticado al Major gris y monócorde, de un diseño electoral poco eficiente, vieron como en la última etapa prescindía de los encuentros a puerta cerrada con simpatizantes y, subido a un cajón, echaba mano del megáfono para hablar en plena calle, regresando a los primeros compases de la campaña, cuando se trataba de conseguir que el “voto flotante” y la franja de obreros cualificados que se decantaban por el laborismo tuviesen más en cuenta la incierta política económica de un Gobierno laborista que la parte de responsabilidad que incumbe al Gobierno *tory* en cuanto a la recesión. Major aseguraba que año tras año de Gobierno *tory* iría reduciendo paulatinamente el tipo base de impuesto sobre la renta. El político que había estudiado banca por correspondencia y que había aprendido a ser primer ministro durante la guerra del Golfo también era capaz de un aprendizaje intensivo en plena campaña

electoral. Casi nadie pensaba, sin embargo, que con su cajón y su megáfono pudiese conducir a los *tories* a la mayoría absoluta.

En aquel momento se echó mano de todas las hipótesis, como la posibilidad de un Parlamento sin mayoría absoluta en el que un Partido Conservador a falta de unos diez o doce escaños lograba entenderse sibilinamente con los partidos unionistas de Irlanda del Norte en el entendimiento de una revisión del Acuerdo Angloirlandés que da voz a Dublín en los asuntos del Norte, con la alternativa mucho más voceada en aquellos días de un entendimiento entre los laboristas y el partido de los liberales demócratas. En tal circunstancia, la gran cuestión era la reforma electoral, del sistema mayoritario al de representación proporcional prácticamente, única razón de ser de los de liberales demócratas. En defensa de los logros de estabilidad política propios del sistema mayoritario, algún editorialista recordaba entonces aquella chanza que recomendaba a los turistas en Roma levantarse a buena hora para ver el cambio de Gobierno.

Curiosamente, los sondeos indicaban que el electorado aprobaba la idea de la representación proporcional pero desaprobaba una de sus previsibles consecuencias: un Parlamento sin mayoría absoluta. De forma resuelta, Major se opuso a cualquier gesto de aproximación para la reforma electoral y es posible que, frente a la paulatina acomodación de los laboristas, cuyo líder nunca se definió al respecto, eso le haya beneficiado a la hora de la verdad, del mismo modo que dio resultado su apuesta clara por la Unión como respuesta frontal a las propuestas independentistas del Partido Nacionalista Escocés y el pacto autonomista para Escocia entre laboristas y liberales demócratas.

Subido a su cajón, megáfono en mano, John Major recomendó su campaña electoral: le echaron huevos, fue abucheado por radicales laboristas, tuvo críticas por su apariencia de contable. Mientras tanto, en los últimos días diversos informes independientes indicaban que tanto las empresas como los consumidores británicos daban muestras de confianza, como si ya se viese el final de la recesión.

Iba a cerrarse la campaña con una ventaja de dos puntos a favor de los laboristas cuando la media de cuatro sondeos de última hora, relativamente dispares, anunció un leve retroceso. Fue el único indicio de la tendencia de voto que iba a manifestarse de forma excepcional en las primeras horas del escrutinio, a partir de un primer sondeo al cierre de los colegios electorales que daba ventaja a los *tories* en el contexto de un Parlamento sin mayoría absoluta. A lo largo del recuento, los resultados fueron acumulando una mayoría absoluta que habrá sido una gran lección de humildad para los expertos en sondeos, una nueva versión de la noche

electoral de 1987, cuando la BBC adjudicó una mayoría *tory* de 26 y resultó ser de 101. En 1974, la BBC anunciaba una “mayoría laborista muy sustancial” que resultó ser de sólo tres escaños.

En un primer análisis de su derrota, los laboristas echaron la culpa a la agresividad de la prensa tabloide *tory*, pero luego fueron reconociendo que habían coqueteado demasiado con una futura consideración del sistema de representación proporcional, en caso de tener que necesitar el apoyo liberal demócrata, y que el triunfalismo de sus mítinges finales no fue del gusto del electorado, en definitiva partidario al menos en términos políticos del *understatement*. A pesar de todos los esfuerzos de cosmética electoral, también había asomado en algún instante el viejo laborismo, con casi un centenar de diputados dispuestos a relanzar un grupo prodesarme nuclear tras las elecciones.

Esas fueron las tercera elecciones consecutivas en las que –como dice el profesor Anthony King– más de la mitad de todos los votantes de las “clases trabajadoras” rechazaron el partido tradicionalmente indentificado con lo que se llama “clase obrera”, sin que el laborismo hiciera avance alguno en las clases medias, ni tan siquiera entre los profesionales del sector público a quienes se suponía hostiles a un Gobierno conservador. Es una obviedad post-industrial que el trabajador manual –en el año 1900, inmensa mayoría del electorado– sea un grupo social en declive, con antiguos mineros que trabajan en el sector servicios y antiguos inquilinos de viviendas públicas hoy propietarios. Sobre todo, los laboristas se habían equivocado con su programa fiscal. Como escribiría luego el presidente *tory*, Chris Patten, en todos los niveles de ingresos económicos, pero quizás particularmente en los niveles más bajos, hay un implacable escepticismo sobre la capacidad de los políticos para gastar el dinero con más eficacia que aquellos que de hecho lo ganan.

Al hablar ahora de Escocia, el proceso erosivo de la Unión requiere probablemente por parte de Londres una voluntad política que Margaret Thatcher nunca manifestó con claridad, convencida de que Escocia era un país entregado al paternalismo y a la idea de que el Estado debe pagar por todo, con un tercio de la población de cinco millones en puestos de trabajo del sector público. Más allá de una crisis de autoridad en no poco alentada por la escasa representatividad *tory*, el paulatino desapego de Escocia respecto al Reino Unido tiene sus raíces según algunos en el desmantelamiento del Imperio Británico: desde la Ley de Unión de 1707, Escocia se sintió parte de la Unión mientras pudo participar de forma vigorosa en la expansión y consolidación imperial, perdiendo su impulso de fidelidad al concluir la gran aventura histórica.

Un proceso autonómico escocés habría de reducir –según proponen los *tories*– la representación escocesa en el Parlamento de Westminster, hoy a todas luces sobredimensionada. En tal caso, el Partido Laborista perderá la mayor parte de su fuerza y se ve ante un panorama de oposición perpetua. Su electorado proviene de una tradición colectivista que Margaret Thatcher no pudo tolerar en Inglaterra. El subsidio público es una de las constantes en la Escocia actual, con un gasto público *per cápita* en un 40 por cien mayor al de Inglaterra. Al año, en Escocia el niño en edad escolar le cuesta al Estado 380.000 pesetas, pero sólo 240.000 en Inglaterra.

Podría suponerse que la mayoría del electorado británico votó contra el estatismo: lo más evidente es que la propuesta fiscal laborista atemorizó a la franja indecisa del electorado. La clase media británica fue a votar contra quienes se proponían de nuevo engrandecer el Estado-providencia a costa de un contribuyente que ni es rico ni pobre. La lección es que los partidos socialistas reformados a lo Keynes –dice *The Wall Street Journal*– no van mejor que los partidos socialistas puros: no importa si un partido va a redistribuir la riqueza poco o mucho, porque los electores no quieren eso. Así fue puesta en duda aquella máxima que supone que las elecciones británicas no las gana la oposición sino que las pierde el Gobierno.

En el discurso de la Reina que inauguró el nuevo Parlamento, el Gobierno de John Major presentó sin sorpresas un programa de consolidación, con flecos thatcheristas como el programa de privatizaciones y con la medida de un conjunto de políticas –“Carta de los Ciudadanos”, por ejemplo– que se parece a esa lista de reparaciones domésticas que uno se propone para el fin de semana. Para quienes piensan que el estilo político de John Major va a ser muy imitado la mayor justificación sería que abunde en la costumbre de cumplir lo que promete.

En los ochenta, Margaret Thatcher batalló por el libre comercio, mayor posibilidad de elección individual, privatización y liberalización. En los noventa, el ciclo se irá completando si Major logra arraigar la noción de competitividad en servicios públicos como la sanidad y la educación. De momento, el gasto público puede pronto pasar del 45 por cien de PNB, frente al 30 por cien de Japón o Suiza. Poco proclive a la confrontación, Major propone un “país cómodo consigo mismo”. En la era del post-socialismo y en la Europa post-Maastricht, eso va a ser un espectáculo digno de verse aunque el propio John Major sin duda preferiría jugar al *criket*.